

No eran muchos los que habían creído en la promesa de Lisandro Ureña, y no porque hubiera sido difícil de cumplir, sino porque en su precaria idiosincrasia pocos imaginaron que un niño de nueve años pudiera tener la voluntad suficiente para aguardar todo un verano la llegada de un barco al pueblo.

La idea le había surgido ese mismo año, casi por casualidad, en una calurosa tarde de agosto al regreso de la escuela, y le había parecido entonces tan seductora y urgente, que en los días posteriores no haría sino pulir su plan de espera. Así, desde el recodo donde el río se ensanchaba hacia el oriente atisbaría el horizonte acuoso con la esperanza de ser el primero en enterarse de que la guerra había terminado.

Ni un sólo día faltó a la cita. Su madre recordaría tiempo después que sólo el cansancio podía evitar que continuara con su tarea, pero incluso ello no podía tomarse sino relativamente ya que dormía en su puesto de observación, a la intemperie, en una hamaca tendida entre dos árboles, beneficiado por las temperaturas estivales y las suaves brisas de la noche. Alguna necesidad física o el aprovisionamiento de cierto libro también interrumpió temporalmente su metódica vigilancia, pero más allá de esos lapsos la verdadera distracción la impuso la cena. El rito en la mesa era infaltable. En un principio también lo había sido el almuerzo, pero esa costumbre luego fue perdiendo fuerza con la complicidad de su madre. Cuando las tareas domésticas se lo permitían ella lo observaba ahí sentado, casi en la orilla del río hacia donde el terreno descendía suavemente, con su espalda inclinada sobre

un árbol y sus piernas flexionadas hacia el pecho, libro en mano o con la vista fija en algún punto hacia donde se enlazaba el río con el monte y por el cual siempre habían llegado los barcos en otro tiempo. Había sido ella quien lo había alentado en los días previos a la realización de su proyecto creyendo que iba a ser una fiebre infantil y que no pasaría de ello, pero también fue ella la primera en reaccionar al ver que los días pasaban y que su hijo seguía obstinado en su paciente tarea. Todo lo intentó para evitar el derroche de horas, pero todo fue en vano. Cedió finalmente a sus intentos recién cuando el propio interesado la convenció de que su aventura no representaba el menor sacrificio, y que necesitaba escapar de la cotidianidad, más aún teniendo en cuenta que todas sus anteriores vacaciones hasta donde llegaba su memoria habían transcurrido en la pasividad pueblerina y bajo el mismo signo: el aburrimiento.

Así transcurrieron aquellos días, monótonos y seguros, hasta que una mañana su madre lo vio entrar en la casa y sentarse junto a ella en la mesa del desayuno. Sólo en ese momento advirtió que era el veintiuno de marzo y que su hijo había invertido todo el verano en su febril cometido.

Para él, sin embargo, esa fecha significó un comienzo más que una finalización, un impulso más que una meta. En el sentido común de su edad había comprendido que una voluntad firme era capaz de cualquier empresa, y que la fe era el más confiable vehículo. Había aprendido también que las palabras eran usualmente un manifiesto de experiencias nunca concretadas y que había que desechar por insolentes, pero por sobre todo había comprendido que nada valía más que lo que corría por la propia sangre. Así y todo, ello no fue sino el epílogo del conocimiento que había adquirido: leyó la colección completa de treinta tomos del

Tesoro de la Juventud que le había regalado su padre, avanzó inevitablemente en el sendero de una literatura propia, hizo sus primeras armas en los esquivos pasos del idioma francés, y reforzó su memoria a fuerza de cuanta poesía cayó en sus manos. Esos intereses habían surgido caprichosamente, uniendo los cabos sueltos que le había dejado el resabio de una inquietud anterior. Nunca se había propuesto conseguir un bagaje cultural cierto y preciso, pero cuando finalizaron los tres meses de la tentativa se dio cuenta que esa experiencia había sido lo mejor que le había sucedido en la vida hasta el momento.

En los primeros días de otoño fueron varios los parientes que se acercaron a él para felicitarlo, tanto por su perseverancia como por el aliento de juventud que su pequeña hazaña le había dado a la familia. Ello se extendió también hacia algunos conocidos y curiosos; en las calles, en las tiendas, en las plazas, no hubo jornada en la que alguien no le hiciera algún comentario al respecto, pero sin que mediara otra participación que el asombro repentinamente todos y a un mismo tiempo dejaron de hacerlo.

El último día del que tuvo un recuerdo cierto de ello fue en el que visitó a su abuela en la víspera de la fiesta de San Isidoro. Consuelo Torralba era la madre de su padre, vivía sola por decisión propia en una casona de grandes habitaciones y techos altos que había habitado desde el primer día de su matrimonio con Nicanor Ureña y que luego del fallecimiento de éste había decidido mantener como homenaje por haber sido su última morada y el umbral de su deceso. Su nieto solía visitarla con la regularidad que le otorgaban los fines de semana, usualmente solo, con la alegría brillando en sus ojos tímidos y con la seguridad de saberla cómplice absoluta de sus

confituras y chocolates. Pero aquél sábado nuboso, cuando todavía las mieles del verano en ausencia eran una novedad, sintió que su intimidad se desarmaba ya que era la primera vez que veía a un hombre que no fuera de la familia en la casa de su abuela. Él creyó por un tiempo en una conspiración del destino al relacionar ambos hechos, pero el mismo transcurso de los días le haría olvidar el acontecimiento ya que no volvió a saber de aquél hombre de un metro ochenta y voz estereofónica nunca jamás en su vida.

Aquellos eran tiempos de días inocentes. La llegada del otoño siempre había producido en los pobladores un cambio metafísico que no sabían explicar pero que asumían como propio desde tiempos inmemoriales. La ciudad caía entonces en un letargo complaciente de placidez y evocaciones; las calles hablaban el idioma común de la nostalgia, los bares se poblaban de sueños rotos, y el hogar de cada uno se convertía en un sumidero de promesas. Pero lo que más pesar producía era el puerto desnudo, nunca tan triste y solitario. Durante el resto del año el movimiento portuario se reducía al tránsito de barcazas que se trasladaban de una orilla a la otra con su cargamento de frutas y granos, pero hacia aquellos días aún aquél leve tráfico mermaba hasta convertirse en una circulación insignificante donde la sola excepción de presencia la daba una desvencijada chalupa inmóvil retenida en el abandono más concluyente desde quién sabe cuándo y por qué circunstancias.

Hasta el inicio de la guerra el puerto recibía los favores de dos o tres buques semanales, nunca imperiosos ni puntuales, aunque siempre seguros en sus fatigosas llegadas. Pero de unas décadas a esa parte el vínculo había cesado, y el trajín de cada arribo se había ido acumulando en el olvido colectivo como una costumbre azarosa.

La discusión acerca del nombre del último barco que había levado anclas fue tan famosa que traspasó el ámbito portuario y por mucho tiempo se reconoció como la causante de división más importante entre los pobladores. Poco a poco los comercios cercanos se fueron trasladando y el bullicio ribereño terminó, pero todos coincidían en asegurar que el aroma antiguo de aceites y efluvios varios seguía permaneciendo y permanecería allí por los siglos de los siglos.

Así las cosas, los habitantes se habían ido acostumbrando lentamente a sustituir las mercancías que dejaban de llegar por sus propios productos, y aunque pronto se alcanzó un grado de manufactura notable, siguieron siendo lujos las sedas y los perfumes, los tapices y las porcelanas, las especias y los encajes de ultramar.

No era la primera vez que el azote de los ejércitos se había hecho sentir en sus más de doscientos años de historia. Algunos conflictos habían durado un mes, otros dos, otros seis, y aún de muchos no se habían enterado ya que habían durado escasos días u ocurrido fuera de los límites de la comarca. En verdad, ya nadie siquiera sabía por qué luchaban, si eran nacionales contra extranjeros, leales versus rebeldes o liberales enfrentados a conservadores. Ya nadie se comprometía con una ideología propia ni abrazaba una causa común, y ello no lo hacían por mero desgano o desinterés sino por una fuerte convicción de que sus problemas se resolverían siempre puertas adentro o no se resolverían.

Hacía ya muchos años que habían aprendido a sobrevivir a esos lapsos de pólvora y fuego, sin embargo, la lucha que por ese entonces los tenía confinados llevaba más tiempo que cualquiera anterior, incluso tal vez más que todas las

anteriores juntas, y entonces alguien recordó que el viejo Neftalí la había maldecido antes de morir, en su última profecía:

- *“Será como la peste, que mata y limpia.”*

Así pasaron los meses y luego los años, pero todo fue transcurriendo tan lentamente que las nuevas generaciones comenzaron a creer que las aventuras fluviales no eran más que un embuste o una leyenda sin el menor atisbo de realidad.

Pero Lisandro Ureña no lo había creído así, y aún más, estuvo convencido de que el sonoro avanzar de una embarcación cargada de novedades debía producirse indefectiblemente ese mismo verano. Por ello, cuando no logró su cometido, un sentimiento de vergüenza lo cubrió por completo y llegó a arrepentirse de que la noticia hubiera trascendido fuera del ámbito familiar. Los que supieron de ese sentimiento intentaron que desapareciera pronto y que no significara un obstáculo para futuras iniciativas. Algunos lo alentaron a reiniciar su tarea el próximo verano; otros, a gestar nuevos y apasionantes planes; y algunos más, con indudable buen sentir, trataron de hacerle ver que aún los más grandes proyectos estaban cargados de pequeños fracasos.

Pero quien tuvo una actitud más eficiente al respecto fue su padre, que decidió a partir de ese momento iniciar junto a él breves expediciones por el monte, seguro que generarían en el pequeño toda suerte de nuevas inquietudes. Con el tiempo esas expectativas se cumplieron, y no mucho después comenzó a recibir todo tipo de instrumentos o enseres relacionados con su precoz pasatiempo. Alguien le obsequió un par de botas cazadoras de piel de zorro; otro, un cuchillo de alpaca; y hasta recibió una boina de fieltro con sus iniciales bordadas. También le ofrecieron

un morral, un odre español y una medalla protectora, y de todos ellos estuvo complacido y animoso, pero el regalo más representativo apareció en su cuarto misteriosamente cierta mañana dentro de un fino estuche de caoba y envuelto en un paño de terciopelo verde junto a un catalejo dorado. A pesar de no estar familiarizado con ninguno de los dos elementos, solamente uno atrajo su atención, y mientras no dejó de examinarlo, no dudó un sólo segundo en reconocer que se trataba de la brújula más hermosa que había visto en su vida.

Cuando quiso averiguar la procedencia de dicho envío nadie supo responderle, y todos aseguraron no ser responsables de ello. Lisandro Ureña no insistió, y prefirió el camino del silencio, convencido de que el proveedor del presente aparecería tarde o temprano y asumiría su papel de donante. Él no supo al principio si ese objeto le atraía tanto en razón de su enigmático origen o si, por el contrario, era el mismo artefacto el que ejercía sobre él una extraordinaria fascinación. Como fuera, no sólo lo usó como instrumento de campo, sino que le provocó una incipiente curiosidad por la cartografía, y comenzó a interesarse por cuanto mapa estuviera a su alcance, primero, en los pocos ejemplares que se hallaban en su hogar y luego, en los mal conservados atlas que se encontraban en los archivos públicos.

Fue así que en poco tiempo aprendió de continentes y océanos, de países y sistemas montañosos, de archipiélagos y desiertos de todo el orbe, pero de lo que estuvo particularmente orgulloso fue de haberse aprendido de memoria el total de las cincuenta y dos capitales de las naciones del mundo libre de ese entonces.

Le asombró, sin embargo, la ausencia de planos de su propia ciudad. No había ni siquiera un sólo boceto de ella, y lo que más se le parecía era el esbozo de un

croquis en el vestíbulo de la Casa de Gobierno. Cuando comentó el asunto todos se mostraron ignorantes al respecto, pero nadie se interesó en remediarlo. Lisandro Ureña tomó ello más que como una casual desidia, como una prueba irrefutable del carácter innato que definía a su comunidad, y por primera vez en su vida atisbó la podredumbre del conformismo y la tolerancia mal entendida, y se propuso diferenciarse de ello, asumir su personalidad desde el riesgo de la autonomía, una elección por demás útil en ese extraño enclave selvático llamado Puerto Calvario.